

- porque así el furor lo exige
de todo el bando enemigo;
mas que el enlace propuesto
entre ambas casas, ahuyenta
la discordia, y amedrenta
el espíritu funesto
de venganza y rebelion,
restaurando tu fortuna,
los blasones de su cuna
y la paz de la nacion.
- BERENG. Mas con eso ¿qué averiguo?
Que él puede amarte....
- LEONOR. Quién? Él?
No! solo amante es aquel
cuyo amor es mas antiguo.
- BERENG. Y Gonzalo....
- LEONOR. Sí! Oh desdicha!
- BERENG. Qué efímero fué mi gozo!
Háblame ya sin rebozo,
que antes que todo es tu dicha.
- LEONOR. Pues oye.—Alegre, gentil,
domando un brioso overo,
salió al campo un caballero
cierta mañana de abril.
Del Pisuerga hácia la puente,
por Val de Olid conocida,
torció la espumosa brida
por bañarle en su corriente.
Tras las verdes enramadas
que un remanso y otro cria,
unas doncellas habia
en hilar embelesadas.
Ni el rumor mas leve oyó
hasta llegar á la alberca,
pero al sentirlas tan cerca,
el caballo se asombró;
y aunque era diestro el ginete
y al punto detuvo el trote,
no pudo evitar un hote
en que se le fué el birrete.
Acudió con modo urbano
la doncella principal;

cogió la prenda fatal,
y se la puso en la mano.

Hubo cumplidos, que enojos
suelen dar, y se miraron,
y largo espacio se hablaron
con las lenguas de los ojos.

El se tornó pensativo;
ella quedó sin ventura,
y de aquel encuentro aun dura
recuerdo en sus pechos vivo.

Ya ves que aunque no señalo
sus nombres, es cosa llana....

BERENG. Que la doncella es mi hermana.

LEONOR. Y el caballero Gonzalo.

BERENG. Y despues?

LEONOR. Siguen su estrella
cada cual al otro fiel,
pagando en suspiros él
lo que hurta en miradas ella.

BERENG. Mas qué promesa...?

LEONOR. Ninguna,

ninguna, que silenciosa
dentro del alma reposa
esta llama, y la fortuna
á tan misterioso amor
hoy elevaba un trofeo!

BERENG. ¿No ves, incauta, el empleo
que te guarda un seductor...!

ESCENA VIII.

D. ALVARO.—DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR.

ALVARO. A vueltas del placer que siento en veros,
doblemente gustoso por tardío,
tentaciones me dan de reprimireros.

—¿Qué causa os mueve ahora
á poner con los soles del estío
en riesgo tal vuestra salud, señora?

BERENG. Mi salud! ¡Qué inhumana
lisonja, conde! Si abreviar mañana
con su postrer quebranto

quisiera el cielo la existencia mia,
¿quién de mi tumba iría
á humedecer la losa con su llanto?
Del tálamo proscrita
que la fé conyugal recompensaba;
el hijo que á mi seno alimentaba
usurpado á mi amor, con inaudita
fiereza; padres, esperanza, halago
de una ilusion funesta,
ya todo lo perdí: solo me resta
un consuelo, don Alvaro.

ALVARO.

A tan vago
modo de discurrir no halló respuesta.
Señora, yo con obediente celo
cuanto os plugo exigir siempre he cumplido:
servir al rey y á vos fué mi desvelo.
Enojosa y amarga
reputabais del reino la tenencia;
echásteis sobre mí tan dura carga,
y aun la llevan mis hombros con paciencia.
Del árido fastidio
de la corte os libré por vuestro gusto;
yo propio entonces me culpé de injusto,
y hoy vuestra dulce libertad envidio.
Si al fisco agrego vuestra pingüe hacienda,
tiempo vendrá que mi intencion abone:
la penuria del reino nos impone
á vos, á mí y á todos esta ofrenda.
Qué mas de mí exigís? ¿Será que yerro
cuanto hicísteis juzgueis, mi afecto encono,
vuestra espontánea abnegacion destierro,
y que gozar la majestad del trono
de nuevo codicieis?

BERENG.

Oh ciego engaño!
Vil ansia de mandar! Qué! ¿No concibe
ese frívolo mundo cómo vive
pecho ninguno á la ambicion extraño?
Pues en mis venas arde
entusiasmo mayor: no la diadema
de tan estrecho imperio, la que alarde
hiciera en torno de abarcar la tierra,
la que el mas alto precio

- de augusta pompa y de renombre guarde
dad hoy mismo á mi sien; y la desprecio.
- ALVARO. Y yo en vuestro lugar lo propio hiciera;
BERENG. mas confesad, infanta,
ALVARO. que no sois ya con mi amistad sincera;
BERENG. que si á este punto encaminais la planta,
ALVARO. algun cuidado vuestra paz altera.
- BERENG. Mas de uno, conde.—Al retirado asilo
donde encontrar creia
olvido y calma el corazon tranquilo,
ALVARO. quejas de lo que haceis van cada dia.
De encierros y despojos,
de atropellos sin fin van los lamentos.
BERENG. Dejé el mando y jurásteis.... juramentos
BERENG. estériles, sacrílegos.... No hay ojos
ALVARO. para tanto llorar: la tierra misma,
BERENG. de maldicion herida, á los sudores
del labrador ineficaz se muestra,
ALVARO. y Dios arma su diestra
BERENG. con los rayos de su ira vengadores.
- ALVARO. Lo sé, lo sé: la clerical censura
me intimó Garcí-Lopez.
- BERENG. Cuál?
- ALVARO. Serena
mi conciencia la oyó.—Como está pura....
Descomulgado estoy.... no me da pena.
- BERENG. Ah! Qué decís? ¿De tan infausta nueva
fué Garcí-Lopez portador?
- ALVARO. Dejemos
motivos de disgusto. Esos extremos
no os convienen, señora:
mis émulos me infaman: son tan diestros
en fingir.... si creyese yo á los vuestros,
atrocés penas merecerais ora.
- BERENG. Qué me achacan? Yo pronta....
- ALVARO. De que conmigo os disculpeis no trato;
mas esos que do quiera
tras vuestra huella van, régio aparato
en su ademan fingiendo,
más os dañan que os sirven.
- BERENG. Yo no ofendo
la amistad generosa con ingrato

- desden, y aunque me pesa
acrecentar sus cuitas,
les debo auxilios, compasion y abrigo,
que careciera hasta de pan mi mesa,
si no partiesen su escasez conmigo.
- ALVARO. Tamaña desventura
que ignoro no penseis; mas cuando apura
todo un bando enemigo
calumnias contra vos, y mis afanes
frustrar no pueden sus inicuos planes,
¿dais, señora, pretesto á sus mentiras
y á que os imputen reprobadas miras?
- BERENG. Si ellos causan recelos,
hoy mismo cesarán; hoy mismo ausentes
de aquí, los libraré de sus desvelos.
- ALVARO. Desvelarse por vos sabrán mis gentes.
- BERENG. Yo tambien de Castilla en breve plazo,
don Alvaro, saldré.
- ALVARO. Vos? Y ¿qué idea...
- BERENG. Mas antes permitid que á Enrique vea....
- ALVARO. (Cortado) Oh!
- BERENG. Para darle mi postrer abrazo.
- ALVARO. Ver al rey intentais?
- BERENG. Sí: qué os admira?
Lejos de él he vivido mas de un año.
- ALVARO. Pretension es muy justa, no lo extraño;
pero el plan de partir ¿quién os lo inspira?
- BERENG. Quién? Mi deber, Castilla, el bien del trono!
- ALVARO. Mas ved que blanco de mi injusto encono
os juzgarán no mas.
- BERENG. Y ¿qué os importa?
Bástame que al rey niño
me deis saludar, y voy (oh pena!)
á olvidar, si es posible, en tierra agena
mi afan, mi ser, mi fraternal cariño.
- ALVARO. No os creí, por quien soy, tan inhumana;
que quien así abandona
patria, hermano, y amigos y corona,
encarece de mas su amor de hermana.
- BERENG. Ah! Nada receleis! No! Que no quiero
á nadie disgustar con mi presencia,
ni en pomposo hospedage ir á Palencia!

las pechas á absorber de un pueblo entero.
No temais que este paso os perjudique.

ALVARO. Yo he de temer que visiteis á Enrique?

BERENG. Cuándo, cuándo será?

ALVARO. Me instais de suerte....

Le haréis llorar, se affigirá.

BERENG. Inhumano!

¿Impedisteis por eso que á su mano
fuese mi carta, y horrorosa muerte
al mensajero dísteis?

ALVARO. Le matara

otra vez y otras cien que me irritara.
Misterio es este que olvidar importa
por bien de todos.

BERENG. Qué decis?

ALVARO. Sombría,
horrenda trama! Mas cercano el día
está quizáis que la descubra.—¿Parte
Leonor con vos?

BERENG. ¿En duda

mis deberes poneis? ¿Veces de madre
no me da su horfandad?

ALVARO. Es que advertida
de mi ruego os creí.

BERENG. Lo estoy.

ALVARO. ¿Qué tarda
entonces vuestro labio....

BERENG. Soy su guarda,
don Alvaro, y no mas.—Ella decida. (*Se entra por
la derecha.*)

ESCENA IX.

DOÑA LEONOR.—D. ALVARO.

ALVARO. (*Despues de un momento de suspension.*)

Oisteis? Leonor! Temblando
está en mi pecho el valor.

Sí! Yo no demando amor:

compasion solo demando!

Qué dudais? Tal vez esquivá
triunfa de amor la beldad;

- mas la voz de la piedad
¿á qué hermosa no cautiva?
- LEONOR. (Turbada). Ah!
- ALVARO. Templo en esta mansion
hay tambien: en él entremos;
ministro de Dios tendremos
que bendiga nuestra union.
- LEONOR. (Reponiéndose)
Deliráis?
- ALVARO. (Cogiéndola de la mano)
Venid! De hoy mas
os llamaré esposa mia!
- LEONOR. (Rechazándole con estrañeza y horror.)
Oh! Con que.... Bien me decia!...
Yo esposa vuestra?... Jamas!
- ALVARO. Qué oigo? Cielos! Tal desprecio....
Y con tan poca cautela....
¿Así abusa Berengüela....
¡Qué necio he sido, que necio!
—Del triunfo no esteis ufana;
resolveos á escoger:
ó esposa mia, ó perder
para siempre á vuestra hermana.
¿Pensais que en ocio menguado
pasé el tiempo? Su delito,
de su propia mano escrito,
publicaré.
- LEONOR. (Con desprecio.) Cual? Forjado
habréislo vos, hombre aleve!
- ALVARO. Y provocarme aun osais?
Mirad que sé á quien amais,
y quien á amaros se atreve;
mirad que su sangre, aun siendo
tan mia como es, en rojos
raudales podrá á los ojos
saltaros.
- LEONOR. (Aterrada.) Furor horrendo!
Huyo de aquí! (Váse precipitadamente por la puerta
de la derecha, cerrándola con ímpetu.)

ESCENA X.

D. ALVARO. *Después* GARCÍ-LOPEZ.

ALVARO.

Bien.—Me exímen

del respeto de vasallo.

—Nada he perdido—Ya me hallo

frente á frente con mi crimen.

Basta dé planes arteros

que tan vano fruto dan:

recurramos al desman

y á la fuerza. (*Acercándose á una de las ventanas*

y gritando) Ballesteros!

(*Entra Garcí-Lopez, y al oír pasos vuelve D. Alvaro la cabeza.*)

Vil mercenario... otra vez!

GARCÍ-LOP. Qué resolvisteis?

ALVARO. (*Colérico*). Tu muerte!

GARCÍ-LOP. Costumbre es tuya.

ALVARO. Soy fuerte.

GARCÍ-LOP. Eres verdugo.

ALVARO. No, juez.

GARCÍ-LOP. Pidiendo al cielo venganza

están tus hechos atroces.

—Y el rey?

ALVARO. (*Como sobrecogido*). El rey! No des voces.

De eso á tí ¿qué se te alcanza?

GARCÍ-LOP. Mucho quizás.

ALVARO. Mas ¿qué objeto...

GARCÍ-LOP. Vive?

ALVARO. Silencio!

GARCÍ-LOP. Hay quien hable

en Palencia.

ALVARO. Miserable!

Morirás con tu secreto.

ESCENA XI.

MANRIQUE, *que entra por el fondo seguido de algunos ballesteros.*—DICHOS.

ALVARO (*Aparte á Manrique*). Tenle seguro, Manrique, (*Seña-*

lando á Garcí-Lopez),
que si la lengua no enfrena,
le suspendo de una almena.

(Manrique habla un instante en secreto con los ballesteros, y estos rodean á Garcí-Lopez).

GARCÍ-LOP. Muriendo está don Enrique!
(Esforzándose por separarlos).

Tened!... ¿Prestais obediencia
á un hombre tan desalmado?
Sabeis que está excomulgado?
(Los ballesteros se retrahen un tanto).

ALVARO. Quitadle de mi presencia!
Fé dais á locos extremos?

GARCÍ-LOP. Queréis perderos con él?
ALVARO. (Sacando del pecho el papel que guardó antes).
El rey manda este papel.

(Mostrándoselo á Manrique).

MANRIQUE. Pues al rey obedecemos.
(Se le llevan los ballesteros).

ALVARO. (Llamando á un lado á Manrique).
Manrique, dime: y la infanta?

MANRIQUE. Los suyos van caminando
á Otella, de tí jurando
vengarse.

ALVARO. Sí; no me espanta:
—Confundir á esa mujer
ya es fuerza.

MANRIQUE. Lo propio digo.

ALVARO. Para ello cuento contigo.

MANRIQUE. Habla: pronto.... qué he de hacer?
ALVARO. Ven: sigamos á tu gente,
sabrás lo que intento.—Hoy brilla
un ástro nuevo en Castilla,
y ¡ay del que eclipsarlo intente!

ESCENA XI.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Sala que se supone ser la habitación de las infantas, en el mismo castillo ó palacio del Madrigal. A la izquierda, la entrada; enfrente otra puerta, y otra mas pequeña en el ángulo de la derecha. En el fondo una gran ventana.

ESCENA PRIMERA

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR.

BERENG. *(Entrando por la izquierda).*

Ah! Cierto es ya mi infortunio.

LEONOR. Cómo?

BERENG. La pena me ahoga,
y el deseo.... mas vengamos
esta pasión que ya cobra
en mí criminal aliento.

¡Cuánto yerro en pocas horas!

LEONOR. Mas qué acontece?

BERENG. Ay hermana!

Ingratitudes, traidoras
astucias de almas mezquinas.
Cárcel ya, cárcel odiosa
en esta estancia sufrimos,
que armados hombres custodian.

LEONOR. Qué dices?

BERENG. De su postrero

umbral el límite, absorta
en otros cuidados, iba
á salvar, y una voz ronca
«Atras!» me dijo; detuve
la planta, y aunque medrosa,
pregunté: «No he de salir?»
«Vedado os está, señora,»
el mismo repuso de antes.
Confieso que hirviendo toda
mi sangre, encendime al pronto
en cólera abrasadora....

Reportéme felizmente,
y aquí vuelvo en cruel zozobra,
sin saber qué determine,
ni quién afrentarnos osa
tan sin razon, ni qué fin
tendrá esta nueva congoja.

LEONOR. Funesto, funesto, hermana,
que la desventura agobia
al débil siempre. Los nobles
que nos sirvieron de escolta
has despedido.... qué esperas?
¿A fuerza de generosa
vencer á unos viles?

BERENG.

Oh!

Por qué no padezco sola?
Déjame, Leonor querida:
sé tú feliz, aun á costa
de la suerte que hoy nos une.

LEONOR.

Con ese monstruo? Ya ahora,
ni aquel pasajero afecto.
Una ilusion fué que borra
este ultraje para siempre.

BERENG.

Triste de mí!

LEONOR.

Triste! Heróica
debieras mostrarte, hermana.
Por no alimentar discordias,
en inaccion la prudencia
y en descrédito la gloria
truecas, y ¿á qué fin, si el premio
de tus virtudes no logras,
y por débil te condenan

á olvido, abyeccion y mofa?

BERENG. Tú tambien! Ah! Si supieras...

LEONOR. Qué?

BERENG. Hay un pesar que devora
ALVARO. mi corazon, una idea
LEONOR. que en todas partes me acosa,
BERENG. sin tregua, sin lenitivo...

LEONOR. Y me lo ocultas?

BERENG. Perdona...

LEONOR. Saberlo quiero.

BERENG. Interés
ALVARO. no ha de causarte: memorias
LEONOR. son de Leon que acá traje.

LEONOR. Celos sin duda?

BERENG. No: esposa

y reina, gocé absoluta
BERENG. del amor y la corona.

Alfonso mozo, y yo niña,

fué nuestra union tan dichosa,

que aun los recuerdos de entonces

agravan mi mal de ahora.

Quisiera en perpétuo olvido

tenerlo.... imposible!—Corta

fué nuestra dicha.... dos lustros,

que me parecieron horas:

BERENG. al cabo de cuyo tiempo

vino á turbar nuestras glorias

un aviso, un anatema,

ALVARO. un rayo lanzado en Roma.

El rey y yo recibimos

la tremenda ejecutoria

del divorcio, como altivos,

BERENG. haciéndolo punto de honra;

ALVARO. porque si bien existia

parentesco en las personas,

BERENG. igual estorbo mediaba

al tiempo de nuestras bodas.

ALVARO. Disputaron los juristas;

BERENG. terciaron dádivas ora,

ALVARO. ora razones y quejas,

BERENG. vanas diligencias todas,

que el pontífice romano

inexorable en su cólera,
trató de estender al reino
su maldicion apostólica.
Y aquí comienza mi crimen,
porque ciega, insana, loca
de amor, persistí aun mas tiempo
en mi union, ay! incestuosa.
¡Horrendo, horrendo delito,
que causa ninguna abona,
que ni con votos se expía,
ni con lágrimas se borra!

LEONOR. Turbada, hermana, tu mente,
en sus delirios asocia
de aquella edad los disgustos
con los deberes de estotra.

BERENG. Deberes! Sí: los delitos
deberes aquí se nombran.
Este rigor de mi suerte,
proscripcion, pobreza, todas
cuantas miserias me angustian,
no son de enemigos obra,
sino castigo del cielo
cuya venganza ellos toman.

LEONOR. Imposible, que á tiranos
Dios su justicia no otorga,
y el crimen de que te acusas
no lo es ya en quien se divorcia.
Escrúpulos tan pueriles
tu abnegacion ocasionan!
De ellos nació tu renuncia!
De ellos el designio ahora
de alejarte de este suelo!

BERENG. Eso no, que aunque el aroma
de su nativa inocencia,
fragante y cándida rosa,
conservase el alma mía,
lo propio hiciera.

LEONOR. Allí asoma
el conde, y hácia aquí viene:

BERENG. Dios se apiade de nosotras!

ESCENA II.

D. ALVARO.—DICHAS!

- ALVARO. Si el ser de nuevas dolorosas nuncio,
BERENG. Si el profundo pesar.... Cómo!... Arrasados
ALVARO. vuestros ojos en lágrimas! Llorábais?
¿Por ventura sabéis....
- LEONOR. (*Interrumpiéndole con severidad*). Sabemos hartó.
- ALVARO. Que improvisa prision....
- BERENG. (*Con dignidad*). Esa es la pena;
mas el delito conocer aguardo.
- ALVARO. De varón justiciero es la advertencia.
—Buscáis delitos donde existen bandos?
Donde habla el interes buscáis razones?
¿Y aquí, en la tierra del primer Fernando,
que con ruin proceder al de Navarra
sumió en dura prision, y era su hermano!
(*Con énfasis*).
- BERENG. ¿Pecó de injusto, y repetís su ejemplo?
- ALVARO. Yo, señora? ¿De mí tal atentado
quién osó presumir? Bien me decían,
que traidor Garci-Lopez y villano,
me puso en mal con vos. Ya en un encierro
gime, y en breve expirará.
- BERENG. Dios santo!
Qué fácil, conde, decretáis la muerte!
Qué os hizo el infeliz? Ah! Sí: es honrado!
- ALVARO. Honrado un desleal! Me maravilla
su alabanza, señora, en vuestros labios.
¿Luego pena no halláis para el que aliento
toma de una merced....
- BERENG. Sí, no alentarlo.
- ALVARO. ¿Y si llega su audacia hasta erigirse
de mi conciencia en juez?
- BERENG. Quizá su fallo
justo será.
- ALVARO. Mas justa es mi venganza.
- BERENG. De infalibles presumen los tiranos.
- ALVARO. No me hablaréis así como lo fueran.
- BERENG. Conmigo no lo sois?... Ingrato! Ingrato!
¿Preso una infanta de Castilla, que honra

- el cetro que os dejó, cuando implorando viene aquí por merced lo que es justicia, ver por última vez al rey su hermano!
- Y vos sabéis lo que mi amor padece lejos del niño á su lealtad fiado, á quien, como nutriz, mecí en la cuna y abrigué, como madre, en mi regazo!
- Y este bien la negais, y para colmo de fiera y ultraje y torpe engaño con guardas la encerrais! Confesad, conde, que ó poco cuerdo sois, ó sois tirano!
- ALVARO. (*Con despego*). Ver al rey no podeis.
- BERENG. Perdon, Dios mio! Me escedí... Qué furor!
- ALVARO. Y del recaudo que sufrís ora aquí responden otros.
- BERENG. Quiénes?
- ALVARO. Los nobles que terrible bando contra vos acaudillan.
- BERENG. Es posible? Tan crédula me haceis? Ellos...
- ALVARO. Juraron vengar su menosprecio, y hoy lo cumplen. Gente es ansiosa de riqueza y mando, y como nada recabar pudieron de vos, á mi familia se allegaron. Su liga formidable me amedrenta.
- BERENG. Y vuestra autoridad...
- ALVARO. Título es vano que para mas obligacion invocan! Ellos este que irrita, desacato vil á la estirpe de mis reyes hecho, ébrios de ira y orgullo, consumaron.
- BERENG. Conque en vos...
- ALVARO. Nada puedo: en mí tan solo compasion hallareis.
- BERENG. ¿Y á quién demando justicia entonces?
- ALVARO. Demandar remedio á vuestro heróico corazon le es dado. Un sacrificio es menester—mayores los habeis hecho ya.

- BERENG. Saber aguardo
cuál.
- ALVARO. Una sola condicion imponen....
- BERENG. (*Con viveza.*) Condiciones á mí? No! Las rechazo.
- ALVARO. Ved el riesgo en que estais. La vida es antes.
- BERENG. Si deshonrada he de vivir, qué gano?
- ALVARO. No, no vivireis tal, sino con gloria.
- BERENG. —Ese escrito mirad. (*Sacando un papel y mostrándoselo.*)
- BERENG. Este es el pacto?
(*Lo lee rápidamente y se lo devuelve indignada*)
Jamás!—Afuera tal baldon! ¿Mi infamia
quieren que firme de mi propia mano?
Yo anular de mi sangre los derechos?
Por mí renuncio al trono, aunque el acaso
me ponga un tiempo en él, pero ¿á mis hijos
he de legar tambien el peso infausto
de mi suerte, la herencia maldecida
de ese odio pertinaz que en pos arrastro?
- ALVARO. Obrad como gustéis: consejos mios
á nada viólento han de forzaros,
mas cuando ahora á sus autores vuelvan
de este papel los márgenes intactos,
atentos á su fin, y no á razones,
ambicion! falsedad! dirán, y acaso,
saciando de una vez su negro encono,
tendremos que llorar otro atentado.
- BERENG. Dios ve mis intenciones, y su diestra
de una débil mujer saldrá al amparo;
Dios alienta de nuevo el alma mia,
tranquiliza mi espíritu, y un rayo
de su vívida luz, claro á mis ojos
mostrar parece tenebroso arcano.
- ALVARO. Ciégaos vuestra virtud, pobre señora.
Si siempre en ella se cifrase el lauro,
mansion angelical el mundo fuera.
Ceded, que cuando el mal es necesario,
el ceder no es afrenta.
- BERENG. Aun ceder puedo,
primero que al furor de los extraños,
al ruego de los mios.
- ALVARO. De los vuestros!

Qué harán por vos?

BERENG.

Morir!

ALVARO.

Desesperado

recurso! Y entretanto mis ofertas

desechais enemiga? ¿En qué daños

puede el designio que abrigó mi mente

de unirnos todos con perpétuos lazos?

Tanto mi casa desiguala al trono?

Tanta es mi nulidad, tantos mis años?

De dos bandos rivales cesaria

la injusta oposicion, y reforzados

ambos, de la nobleza turbulenta

dieran eterno fin á los amaños.

BERENG.

No, no son, cual decís, esos que os siguen

los que mi mengua y perdicion juraron:

sois vos que en Burgos, Montealegre y Alba

el pendon de revueltas tremolando,

custodió de las leyes, las hollásteis,

y al pueblo azote fuisteis, que no amparo.

Sois vos que al real pupilo, temeroso

de vuestra autoridad, en apartados

lugares reteneis, adormeciendo

sus naturales ímpetus magnánimos.

Sois vos, en fin, para decirlo todo,

que alucináis con fraudulentos lazos

ese sensible corazon, fingiendo

de amores y de paz coloquiós blandos.

ALVARO.

Y suspicacia tal en vos habia!

Y tal malicia en corazon tan manso!

Si á lid me provocais, ved que funesta

para vos ha de ser; de horrendo estrago

campo será Castilla, y vos y todos....

LEONOR.

No, por Dios! Conde.... Hermana.... Sosegaos!

Yo sola, yo la movedora he sido

de esta nueva discordia.—Hombre inhumano!

El ara preparad: determinada

al sacrificio estoy!

ALVARO.

¿Sacrificaros

por ventura yo intento, ni á vil miedo

deber la posesion de vuestra mano?

LEONOR.

Me olvidaré de vos, de mí, de todos.

Qué mas quereis? Me esforzaré en amaros!

BERENG. Conde de Lara! Libertad os pido!
ALVARO. Hoy la justicia dictará su fallo.
Un crimen pesa sobre vos!
BERENG. Un crimen!
Cuál?
ALVARO. Horroso! A tan tremendo cargo
responderéis en breve.
BERENG. Y vos al cielo
de esa nueva calumnia.
ALVARO. Meditadlo;
ó renunciar con vuestros hijos todos,
ó en las tinieblas expirar de un claustro! (Vase).

ESCENA III.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR.

BERENG. (Después de una breve pausa).
Se fue? Se fue? Dónde es ido?
Ay de mí! Yerta, mortal
sus palabras me han dejado.
Un crimen dijo... verdad?
De nada la voz me acusa
de mi conciencia... ¿Será
la venida de Fernando...
algun tumulto, quizás
conjuraciones tramadas
que me imputen?
LEONOR. Pues ¿fé dar
se puede á su dicho acaso?
LEONOR. El cielo nos salvará.
BERENG. Ah! ¿qué debo hacer, Dios mio,
en tan congojoso afan,
en esta lucha que dentro
de mi alma trabada está?
Una tras otra se agolpan,
como en delirio tenaz,
mil encontradas ideas
á mi discurso, mas ¿cuál
preferir, si todas, todas
me subyugan á la par?
¡Oh corazon impetuoso,

mal encubierto volcan!
La helada razon no basta
estorbos á darte ya,
pues cuanto ella mas te oprime,
se aumenta tu fuerza mas.

Recuerdos de mis mayores,
héroes de la antigua edad!
en vano acudo á vosotros:

mudas las tumbas están!
¿Posible es que en tantos siglos
ejemplo ninguno habrá
que de experiencia me sirva,
de luz en mi oscuridad?

¿No he de tener mas consuelo
que gemir y suspirar,
y ser el mayor verdugo
de mi propia voluntad?

—Será ilusion; mas un dia
tuve el designio, el afan
de ver el pendon morado
cabe las playas del mar.

La patria que halló en Pelayo
milagroso capitan;
la patria que palmo á palmo
vió sus confines medrar

á impulso de tantos héroes;
la que la imperial ciudad
tuvo en su seno, ganadá
por adalid singular;

la patria, en fin, que dió aliento
á nuestro padre inmortal
para volcar un imperio
en pocos instantes.... ah!

bien merece el señorío
desde Pirene á la mar.
Soñé en el muro hispalense,
de aquella ambicion imán,

caudillo yo de mi pueblo,
la santa insignia clavar;
soñé.... mas huid, memorias
de imposible realidad!
solo sois para sentidas!

LEONOR. Cansado ya de llevar
su yugo ese dócil pueblo;
¿quién sabe si te alzaré
á tanto honor nuevamente?

BERENG. No; á la antigua libertad
tornemos, que el pecho anhela
otro ambiente respirar.
Afuera, afuera, ilusiones
nacidas para mi mal!
Renunciaré, sí... con eso,
con eso el mundo verá
que como noble procedo.
Resuelta á no gozar mas
de tan costosos honores,
qué me importa?... Oh! Desléal!
Y tus hijos? Y Fernando?
«Madre, madre, me dirá:
Este es vuestro amor! ¿Es esta
vuestra prudencia?—Quitad!
Y si vaco el trono queda?
¿Con cuál justicia, con cuál
me despojais de su herencia,
que un intruso gozará,
y condenais á dos reinos
su desunion á llorar?»
Qué he de responderle entonces?
No haré, cielos, no haré tal!
—¿Con qué he de vivir cautiva!
Oh baldon! Fuerza será
salir por mi honra ultrajada...

LEONOR. Silencio! que alguien acá
se acerca.

ESCENA IV.

MENDOZA, que entra por la puerta pequeña del ángulo
con mucho misterio.—DICHAS.

LEONOR. ¿Quién es?

MENDOZA. Yo soy.

BERENG. Mendoza!

MENDOZA. Sí.

- BERENG. Qué queréis?
- MENDOZA. Ya suponerlo podreis....
(*En casi toda esta escena contrasta la calma de Mendoza con la viveza de doña Berenguela*).
- BERENG. Decid pronto.
- MENDOZA. En eso estoy.
Ya el conde os habrá indicado....
- BERENG. Sí; ¿qué mas....
- MENDOZA. Que presa aquí....
Oh! no me mireis así,
que yo la ocasion no he dado.
Somos al fin caballeros,
y no hemos de tolerar....
- BERENG. Cesad en eso de hablar.
- MENDOZA. Mejor hablan los aceros,
no es cierto?
- BERENG. Y ¿tendreis valor...?
- MENDOZA. Que si tendremos!
- BERENG. Crüel!
Dejadle, dejadle á él
la hazaña de tal horror.
- MENDOZA. A Garcí-Lopez decís?
Si encerrado....
- BERENG. (*Con extrañeza*). No os comprendo.
- MENDOZA. Ni yo tampoco os entiendo;
pero en fin ¿qué decidís?
Preso Garcí-Lopez ya,
entramos en conferencia
los mas; hubo resistencia,
mas todo arreglado está.
- BERENG. Qué arreglasteis?
- MENDOZA. Es muy llano:
arrancamos un insulto;
promovemos un tumulto,
y damos sobre el tirano.
En la suerte que á este quepa,
resolved: si muerte, estoque
no faltará que en el choque
ayude y que darla sepa;
y si queréis que la vida
consuma en dura prision,
que es, señora, mi opinion,

- tambien quedareis servida.
BERENG. ¿Y es eso....
MENDOZA. Cabal; ¿no es esto lo que deseabais?
BERENG. Yo?
MENDOZA. Ved si mi afecto os sirvió; ved si á los Laras detesto.
BERENG. Patria infeliz! ¿Qué destino te guarda la suerte impía, si hasta un noble se gloria de traidor y de asesino?
BALLEST. Idos, menguado, en mal hora;
BERENG. no provoqueis mas mi enojo,
BALLEST. que me enciendo y me sonrojo solo de veros.
MENDOZA. Señora....
BERENG. Silencio! Salid de aquí!
MENDOZA. ¿Yo que he venido á salvaros....
BALLEST. Resueltos á libertaros
BERENG. están todos. Si de mi sospechais....
BERENG. Nada sospecho donde todo es realidad, bajeza, fraude y maldad.
MENDOZA. *(Saliendo por la puerta de la izquierda, medroso y aturdido).*
Desventurado! Qué he hecho?

ESCENA V.

- Doña BERENGUELA. Doña LEONOR.
LEONOR. Atrevimiento fué grande.
BERENG. Castigo ejemplar, mas bien mereciera que desden.
BERENG. —Y pretenden que aquí mande!
—¿Para qué libertad quiero á precio de tal deshonra?
O salgo de aquí con honra, ú honrosa muerte prefiero.
LEONOR. Qué de imprevistos sucesos!
¿A dónde al fin llevará

á ese hombre tan ciego ya
la fuerza de sus excesos?
Si esos pocos le abandonan,
á quién volverá los ojos?

BERENG.

Aun quedan, Leonor, despojos,
y aun muchos los ambicionan.
Oh! ¡no me concede el cielo
que pueda lejos huir
donde no llegue á infundir
ni esperanzas ni recelo!...
Vanamente, tentacion,
me instigas con tu inquietud:
Dios da vuelo á la virtud,
y grillos á la ambicion.

BERENG.

MENDOZA.

A dónde tu afan me sube?
Ya altas empresas tentaron
mis desvelos, y me odiaron!

BERENG.

MENDOZA.

BERENG.

—Tendré mas de lo que tuve?

BERENG.

No, hermana, no; y es sabido,
aunque parezca altivez,
que conviene alguna vez
no ser mas lo que uno ha sido:
pues cargo que tanto alcanza,
como dos veces se adquiriera,
podrá ser ley la primera,
mas la segunda es venganza!

BERENG.

MENDOZA.

ESCENA VI.

UN BALLESTERO.—LAS MISMAS.

BALLEST.

(*Entrando precipitadamente por la izquierda*).

Perdonad mi atrevimiento.

De faustas nuevas, señora,

vengo á hacer os sabedora.

—Alas me ha dado el contento.

Palencia está amotinada;

vuestro nombre victorea,

y hasta en la próxima aldea

tiene ya gente apostada.

Aquí aturdidos están,

y el conde (ciéguele Dios!)